

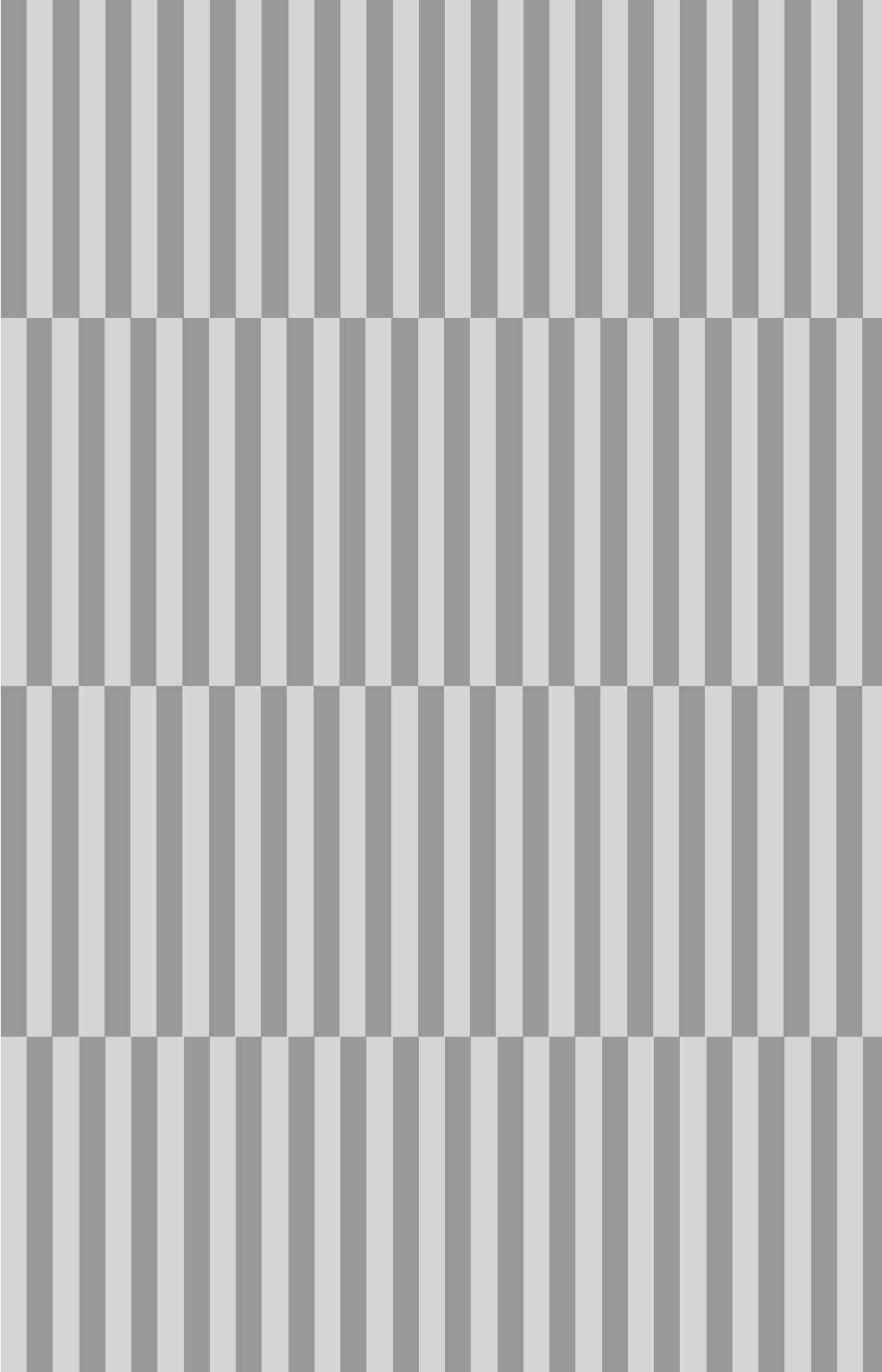
Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

**Lidia
Jorge**

2020



**PREMIO FIL DE
LITERATURA**
EN LENGUAS ROMANCES





Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

■ **Lidia Jorge**
2020



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Dulce María Zúñiga
**Dirección de la Asociación Civil
del Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances**

Raúl Padilla López
**Presidencia de la Feria Internacional
del Libro de Guadalajara**

Marisol Schulz Manaut
**Dirección de la Feria Internacional
del Libro de Guadalajara**

César Antonio Barba Delgadillo **Dirección
General del Sistema
de Educación Media Superior**

Ernesto Herrera Cárdenas
**Secretaría Académica del Sistema
de Educación Media Superior**

Lilia Mendoza Roaf
**Coordinación de Difusión y Extensión
del Sistema de Educación Media Superior**

Luis Gustavo Padilla Montes
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

Missael Robles Robles
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Primera edición, 2020

Textos

© Lidia Guerreiro Jorge
Dulce María Zúñiga Chávez
Antonio Sáez Delgado
Natalia Concepción Betzabe López Madrueño

Traducción

© Dulce María Zúñiga Chávez
Erandi Barbosa Garibay

Ilustración

© Jorge Javier Salazar Zepeda (Jors)

Fotografías

© Franck Ferville
Alfredo Cunha
Inácio Ludgero

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA**

José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco

**www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO**

ISBN 978-607-547-907-1

Noviembre de 2020

Impresión

INHALT el ADN de los contenidos,
S. de R.L. de C.V., Av. Hidalgo núm. 2433,
col. Vallarta Norte, 44690
Guadalajara, Jalisco

Coordinación editorial

Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño

Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial

Jorge Orendáin, Erandi Barbosa,
Ángel Ortuño

Diagramación

Cecilia Lomas Ramírez

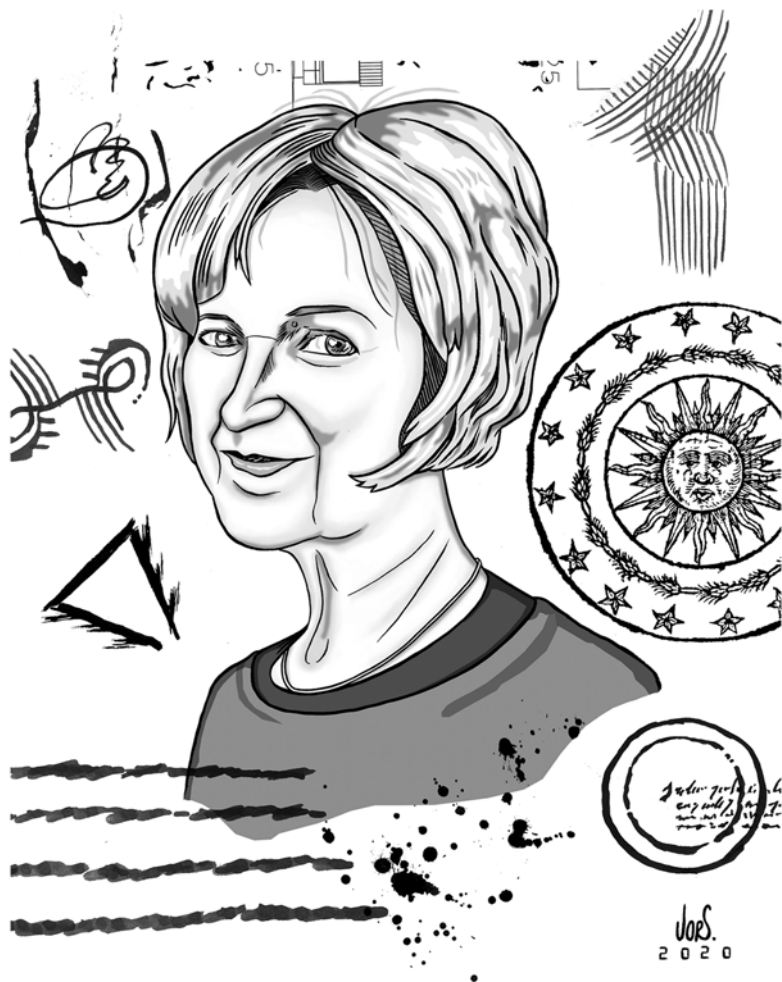
Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

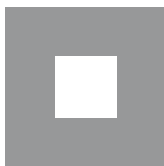
**Lídia
Jorge**

2020



**PREMIO FIL DE
LITERATURA**
EN LENGUAS ROMANCES



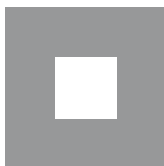


Índice

- 9 Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances
- 13 Lída Jorge
- 18 “Que nunca se agote su sed
de conocimiento”
- 25 La pasión por Lída Jorge,
una presentación personal
Antonio Sáez Delgado
- 29 De la estruendosa voz de Lída Jorge
en tiempos en que es necesario
romper el silencio
Natalia Madrueño
- 39 **Muestra de obra**
- 40 Estación de Oriente
- 45 La Ciudad Invisible
- 50 El nuevo bestiario



Fotografia de Alfredo Cunha



Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances



El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento a los escritores cuya lengua de expresión artística sea alguna de las lenguas romances.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances consiste en 150 mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, que representan diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, libreros, críticos y escritores.

La Asociación Civil Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances fue fundada por las siguientes instituciones:

- Secretaría de Cultura del Gobierno Federal
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.
- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.





**PREMIO FIL DE
LITERATURA**
EN LENGUAS ROMANCES

Los días 24, 25 y 26 de agosto de 2020 el jurado calificador de la XXX edición del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, correspondiente al año 2020, mantuvo varias reuniones telemáticas con el propósito de llegar a un veredicto. El jurado estaba integrado por Mario Barenghi, de Italia; Anna Caballé, de España; Luminita Marcu, de Rumania; Anne Marie Métailié, de Francia; Rafael Olea Franco, de México; Javier Rodríguez Marcos, de España y Regina Zilberman, de Brasil. Una vez examinadas las candidaturas que se presentaron, el 26 de agosto del año en curso el jurado decidió conceder por mayoría el galardón a

LÍDIA JORGE

**por la altura literaria con la que su obra novelística retrata el modo
en que los seres individuales se enfrentan a los grandes acontecimientos de la Historia.**

La escritora portuguesa nacida en Boliquireme, en 1946, ha sostenido a lo largo de los años una carrera literaria marcada por la originalidad y sutileza de su estilo, la independencia de criterio y una inmensa humanidad en su forma de acercarse tanto a los temas tratados en su obra (la adolescencia, la descolonización, el lugar de la mujer, la emigración, los sujetos de la Historia...) como en la presentación de los personajes que la protagonizan.

Considerada como una de las principales autoras/autores en lengua portuguesa por una obra no solo novelística sino también poética, ensayística y teatral, y con una notable proyección internacional, Lúcia Jorge consiguió el respeto unánime de la crítica con su estremecedora novela *A costa dos murmurios*, publicada en 1988 y escrita a raíz de su estancia en Angola y Mozambique en pleno proceso de descolonización. En ella se describe con un realismo a veces brutal las terribles consecuencias del colonialismo, aforando además en la novela un problema que cruzará en lo sucesivo toda su literatura: la reflexión sobre cómo se construye y se escribe la Historia. Un tema que vuelve a plantearse de forma radicalmente novedosa en su obra *Os memoráveis* (2014), en torno al levantamiento militar del 25 de abril de 1974, más conocido como "la Revolución de los Clavos". Su manera de fundir la historia de Portugal con la personalidad de los personajes que la viven alcanza en *Os memoráveis* una cima difícilmente superable.

Su novela más reciente, *Estuário* (2018), concebida al hilo de la crisis económica de 2008, trata de la ruina de una familia lisboeta adinerada. De nuevo, sus personajes deben enfrentarse a lo que les ocurre. Pero la novela refleja también, sutilmente, la permanente inquietud de Lúcia Jorge por el estado del mundo y la extrema vulnerabilidad de la especie humana.

Pocas veces el decir literario y el decir pensante, por utilizar dos términos heideggerianos, ofrecen a la lectura de una obra un placer mayor. El hablar literario de la autora nunca es un ejercicio solitario, pues siempre invita a sus lectores a ir con ella a alguna parte y lo hace con una sutileza estética que no puede ni debe pasar desapercibida en el contexto de las literaturas en lenguas romances.

Razones, en definitiva, que han fundamentado la decisión del jurado de conceder el XXX Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances a la escritora portuguesa Lúcia Jorge.

Mario Barenghi

Anna Caballé

Luminita Marcu

Anne Marie Métailié

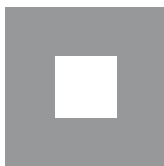
Rafael Olea Franco

Javier Rodríguez Marcos

Regina Zilberman



Fotografia de Inácio Ludgero



Lídia Jorge

Lídia Jorge es una escritora portuguesa representante de la Generación de la posrevolución. Su libro debut, *O Dia dos Prodígios*, publicado en 1980, ha sido considerado un hito en la nueva fase de la literatura portuguesa contemporánea. Desde entonces, la autora ha publicado novelas, cuentos, libros para niños, teatro, ensayo y poesía. Su novela *La costa de los murmullos* fue adaptada al cine, y varios textos suyos han sido representados en el escenario. Sus libros están traducidos a más de veinte lenguas y han recibido varios premios nacionales e internacionales, tanto en la categoría de novela como por el conjunto de su obra. Entre los premios internacionales se encuentran el Premio Jean Monnet de Literatura Europea, Escritor Europeo del Año 2000, el Premio Albatroz (2006) de la Fundación Günter Grass y el Gran Premio Luso-Español de Cultura de 2015. En 2013, la revista *Magazine Littéraire* la consideró una de las voces literarias más influyentes de la actualidad. En lengua española, Lídia Jorge ha sido publicada por Alfaguara, Seix Barral, La Umbría y la Solana, Ediciones Uniandes, Editorial Caballito de Acero y Elefanta Editorial. *Los memorables* (2014), una revisión de los momentos cruciales de la Revolución, se ha revelado como el libro que transfigura y cimenta la mitología portuguesa de las últimas décadas. Su novela más reciente, *Estuario* (2018), ganó el Gran Premio Literario TSD de 2019 y fue considerado por

el periódico *Le Monde* como una de las mejores interpretaciones del estado del mundo en la actualidad, siendo posteriormente finalista del Premio Médicis Internacional. Lúdia Jorge acaba de publicar *En todos los sentidos*, un conjunto de crónicas que leyó a lo largo del 2019 en los micrófonos de Antena 2, Radio Pública.

Novelas

- *Estuário*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Francia por Métailié, en España por Libros de la Umbría y la Solana
- *Os Memoráveis*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Brasil por Leya, en Francia por Métailié, en Italia por Urogallo, en México por Elefanta, en Polonia por Świat Książki y en Eslovaquia por Portugalsky.
- *A noite das mulheres cantoras*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Brasil por Leya, en Francia por Métailié, en Israel por Hakibbutz, en Italia por Urogallo y en Rumanía por Univers.
- *Combateremos a sombra*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Brasil por Leya, en Francia por Métailié y en Israel por Hakibbutz.
- *O vento assobiando nas gruas*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Brasil por Record, en Francia por Métailié, en Alemania por Suhrkamp, en Israel por Hakibbutz, en Italia por Urogallo, en Serbia por Arhipelag y en Estados Unidos por W.W. Norton & Company (Liveright Publishing Company).

- *O vale da paixão*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Brasil por Record, en Croacia por Hena-Com, en Francia por Métailié, en Alemania por Suhrkamp, en Grecia por Polis, en Israel por Hakibbutz, en Italia por Bompiani, en Rumanía por Editura Art, en Eslovenia por Mladinska, en España por Seix Barral, en Suecia por Bromberg, en Taiwán por Marco Polo Press, en Reino Unido por Harvill, en Estados Unidos por Harcourt Brace, y en Venezuela, Colombia y Chile por Libros del Fuego.
- *O jardim sem limites*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Francia por Métailié, en Alemania por Suhrkamp, en Grecia por Polis, en España por Alfaguara.
- *A última dona*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Francia por Métailié, en Rumanía por Editura Art.
- *A costa dos murmúrios*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Brasil por Record, en Bulgaria por Five Plus, en Colombia por Ediciones Uniandes, en Francia por Métailié, en Alemania por Suhrkamp, en Grecia por Polis, en Italia por Giunti, en los Países Bajos por Arena, en España por Alfaguara, en Estados Unidos por University of Minnesota Press.
- *Notícia da cidade silvestre*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Francia por Métailié, en Alemania por Suhrkamp, en España por Alfaguara.
- *O cais das merendas*, publicada en Portugal por Dom Quixote.

- *O dia dos prodigios*, publicada en Portugal por Dom Quixote, en Francia por Métaillé, en Alemania por Beck & Glückler y Suhrkamp, y en los Países Bajos por Prom.

Libros de cuentos

- *O amor em Lobito Bay*, publicado en Portugal por Dom Quixote, en España por Libros de la Umbría y la Solana, en Italia por Arcolaio, en Eslovenia por LUD, y en Venezuela, Colombia y Chile por Libros del Fuego.
- *O belo adormecido*, publicado en Portugal por Dom Quixote.
- *Marido e outros contos*, publicado en Portugal por Dom Quixote, en Bulgaria por Five Plus, en Alemania por Die Horen, en Eslovenia por LUD y en España por Ed. Xerais.
- *A Instrumentalina*, publicado en Portugal por Dom Quixote, en Brasil por Peirópolis, en Colombia por Caballito de Acero, en Francia por Métaillé, en Alemania por Suhrkamp y Diogenes, en Italia por Urogallo y en Estados Unidos por Grand Street.

Libros para niños

- *O grande voo do pardal*, publicado en Portugal por Dom Quixote.
- *O conto do nadador*, publicado en Portugal por Contexto y en Italia por Urogallo.

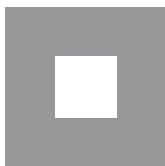
Libro de crónicas

- *Em todos os sentidos*, Dom Quixote.

Participación en antologías

- *Take Six: Six Portuguese Women Writers*, publicado en el Reino Unido por Dedalus.
- (Algunos cuentos tomados de *A Instrumentalina* y de *O Amor em Lobito Bay*).
- *Zwischen den Büchern*, Alemania, Weissbooks.
- *Best European Fiction*, Estados Unidos, Dalkey Archive Press.





“Que nunca se agote
su sed de conocimiento”

Diálogo a distancia entre Lidia Jorge desde Boliqueime, Portugal, y Dulce Ma. Zúñiga, en Guadalajara, México.

12 de septiembre del 2020

Dulce Ma. Zúñiga: Ahora, después de la concesión del 30° Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, su nombre viene a sumarse al elenco de los escritores que lo han obtenido desde 1991. ¿Qué sensación le suscita? ¿Cuál fue su reacción al recibir la noticia?

Lidia Jorge: Cuando se me anunció que había ganado el Premio, en un primer momento no lo podía creer. Después, una vez que lo procesé, me sentí feliz. Me gustaría que toda la gente alguna vez en su vida pudiera tener momentos de alegría tan intensa como el que yo tuve. Esta es la trigésima edición del Premio FIL de Guadalajara, que antes llevaba el nombre de Juan Rulfo –yo lo sigo llamando así. La invocación de un escritor tan inventivo honra a las Letras Mexicanas y marca la nueva fase del imaginario que se gestó en la ficción occidental a partir de su nombre. Personalmente, haber recibido este Premio significa inscribirme en el linaje de los escritores que tienen a Rulfo como referencia. Es un honor.

DMZ: Antes de recibir el Premio FIL, ¿cuál había sido su relación con México, con su cultura, sus libros, autores y autoras?

LJ: La cultura mexicana es muy peculiar y es percibida en Europa como la cultura de un gran país latinoamericano situado en América del Norte, es decir, con especificidades muy propias. En cuanto a la literatura, creo que el único autor con quien tuve contacto directo fue la escritora Elena Poniatowska, en Madrid. Recuerdo que acababa de publicar *La piel del cielo*. Nos encontramos en un simposio sobre literatura escrita por mujeres y ella habló con mucho entusiasmo de varias escritoras latinoamericanas. Me gustó mucho su visión, sobre todo porque lo que sale del continente al exterior son únicamente los nombres de los autores. En mi caso, sólo estaba familiarizada con dos poetas mexicanos: Octavio Paz y José Emilio Pacheco, y con dos narradores: Juan Rulfo y Carlos Fuentes. En cambio, cuando se habla de Arte de México, lo más sobresaliente son los tres muralistas. Los murales de Rivera, Siqueiros y Orozco son una especie de insignia que México envía a todos los rincones del planeta. Además de Frida Kahlo, que en décadas recientes se ha vuelto una figura de culto. Se ha transformado en un icono. Ya no es necesario decir que es mexicana, basta decir Frida.

DMZ: ¿Puede identificar algunos de los libros que le influenciaron para seguir el camino de la escritura?

LJ: Nuestra memoria puede modificar la realidad, pero yo no la altero al decir que el deseo de escribir me llegó cuando aprendí las primeras letras. El hecho de no tener hermanos ni otros niños para jugar hizo que, cuando era niña, la lectura y la escritura se convirtieran en mis juegos favoritos. Inventaba historias para divertirme, para hablar

con los niños y los adultos que faltaban en mi vida. Pero no sabía lo que era publicar, ni me imaginaba lo que era pasar de las historias escritas en cuadernos y hojas sueltas a los libros impresos con lomos y hojas cosidas. Todo es vago ahora, pero sé que deseaba escribir durante toda mi existencia porque, cuando tenía once años, hubo un episodio que me marcó con fuerza. En una redacción escribí que quería ser como la poeta griega Safo y eso me acarreó problemas. Después, siguió un largo camino y cada vez que leía un libro sentía el deseo de responderle. Me parecía que la última palabra de un libro no podía ser la última, yo quería continuarla con mis propias palabras.

El deseo de responder a los libros que leía, de conversar con ellos, fue creciendo en *continuum*, y claro que ciertos de ellos me desafiaron. Algunos escritores portugueses fueron muy importantes. Cuando era muy joven, la lectura de obras de autores del siglo XIX como Eça de Queirós, de Vergílio Ferrerira, y de José Cardoso Pires o de Agustina Bessa-Luís, grandes narradores del siglo XX, me imponían fuertes retos. Pero fueron libros aislados como *Nada*, de la autora catalana Carmen Laforet y el *Orlando*, de Virginia Woolf, los que me abrieron nuevos caminos y ofrecieron otros diálogos. En los años setenta, descubrí a los narradores latinoamericanos y fue decisivo porque me dieron algo que yo estaba buscando: la incorporación de la transfiguración como elemento de una realidad objetiva. Ese punto de vista permitía relatar la Historia de otra forma, y eso fue un descubrimiento liberador para mí.

DMZ: El autor Italo Calvino escribió que la literatura es un método de conocimiento y una herramienta capaz de crear redes de conexiones entre los hechos, las perso-

nas y las cosas para “decirlas poéticamente”. ¿Cuál es su opinión al respecto?

LJ: Italo Calvino tiene toda la razón, pero falta agregar el significado al adjetivo “poéticamente”. ¿Qué es el sentido poético? Cada quien tiene su propia idea sobre el asunto. En mi caso, enfrento lo poético como una narrativa sincopada en la cual el lenguaje es el instrumento de la fulguración. Puedo estar en la puerta de mi casa mirando la noche oscura y decir para mí misma “¡Qué oscuridad!”, pero si escribiera “*Ven, noche antiquísima e idéntica, / Noche Reina destronada al nacer / Noche igual por dentro al silencio...*”, seguiría contemplando la oscuridad, pero aumentada, le habría atribuido un valor cósmico. Todo lo poético tiende a transformar lo particular en cósmico. Claro que los tres versos citados son de Fernando Pessoa, uno de los mayores poetas del siglo XX, bajo su máscara más fulgurante, Álvaro de Campos. Quien lee alguna vez el inicio de esta oda inacabada, nunca volverá a ver la noche oscura de la misma forma. Siendo así, la interpretación de Italo Calvino sobre la esencia de la literatura no podría ser más acertada.

DMZ: ¿Cree usted que los escritores tienen la capacidad de hablar de los sucesos de la vida cotidiana de manera distinta a como lo hacen, por ejemplo, los historiadores, los sociólogos o periodistas?

LJ: Historiadores, psicólogos y periodistas, por deber de su oficio y definición, están sujetos al juego del análisis de los hechos reales y su misión es, aun cuando cada quien tenga un punto de vista diferente, relatar con objetividad. A los escritores se les permite sumergirse en la penumbra subjetiva y hablar de forma salvaje de la irracionalidad que preside el orden de lo racional. Deseos, sueños, sentimientos dóciles o violentos, compasión, súplicas, pre-

sentimientos, propuestas de futuro, ambición de belleza interminable... son la materia que los escritores utilizan para proponer realidades paralelas a la realidad. ¿Es importante? Sí, mucho. Todo ese magma que recorre las páginas de la Literatura proviene de nuestra vida oculta. Tiene existencia en el interior de los seres humanos, corresponde a una parte intrínseca de su esencia. Si la modernidad hiciera a un lado el espejo de nuestra subjetividad activa, desapareceríamos en tanto que Humanidad.

DMZ: Usted ha escrito algunas de sus novelas tomando como base la historia de su país, Portugal, por ejemplo, *Los memorables*, que lleva a la ficción el periodo de la Revolución de los Claveles, ¿cuál es la intención que subyace en la reescritura narrativa de la Historia?

LJ: *Los memorables* es un libro que visita la Historia reciente de Portugal, busca levantar ante los ojos del lector el momento decisivo que significó el cambio de régimen que ocurrió hace 44 años y es el fundamento de la vida democrática tal como la vivimos hoy. Pero en un periodo en que la herencia de la memoria sobre ese acontecimiento comienza a desvanecerse, y la Historia retoma los hechos en forma esquemática, yo pretendí encarar los mitos creados en torno a la Revolución. Quise ir al encuentro de las figuras decisivas del 25 de abril de 1974, que los jóvenes identifican naturalmente como figuras del pasado, y resucitarlas, no para engrandecerlas sino para colocarlas en la post-memoria, y sin faltar al rigor de la Historia, crear a su alrededor un rigor poético. ¿Lo he conseguido? Era una apuesta muy alta. Hay quien dice que sí. Yo escribí ese libro para los jóvenes, para decirles que la Historia es una madre adormecida que deja que sus hijos se le caigan del regazo, pero que hay momentos históricos luminosos que

abren caminos a lo largo de los siglos, aunque exista el riesgo del olvido, las traiciones y las poderosas mentiras. Fue un libro que escribí con la fuerza de toda la compasión de la que soy capaz. Pensando en la batalla continua de los seres humanos.

DMZ: En su opinión, ¿la literatura de invención tiene pertinencia en el mundo actual, sofocado por amenazas de toda índole?

LJ: Sí, en el momento cruel que atravesamos, la invención es uno de los caminos que nos pueden ayudar a avanzar. Indudablemente, la crisis presente inspira textos que están siendo escritos ahora, pero la Literatura, como todo arte, no tiene fecha de caducidad. Las personas seguirán leyendo a Tucídides, Defoe, Camus y Saramago. En sus libros encuentran relatos y metáforas sobre la lucha de los hombres contra las fuerzas oscuras de la Naturaleza y se preguntan sobre el valor ontológico del sufrimiento y de la muerte como señales del absurdo. En los tiempos en que las sociedades sucumben ante el peligro y el miedo, la esencia misma del hombre es reevaluada y la belleza es destacada como factor de rescate. No por nada, Thomas Mann colocó la figura de Aschenbach enamorado de Tadzio, encarnación del ideal de la Belleza, en medio de una epidemia ocurrida en Europa al inicio del siglo XX. Y así, invocando un momento de pánico, fue escrita esa pequeña obra maestra que es *Muerte en Venecia*.

DMZ: ¿Cuál es su postura con respecto a los movimientos actuales por los derechos de las mujeres?

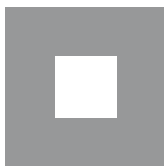
LJ: No hago una militancia continua en el feminismo, pero me siento feminista porque acompaño las reivindicaciones de las mujeres por el derecho a la igualdad, al respeto, a la justicia y el reconocimiento de su esfuerzo en el

trabajo y sus habilidades. Soy particularmente sensible a la defensa de la decisión de las mujeres en todas las cuestiones que ellas señalan. A su poder de decisión sobre su cuerpo. La mala situación continúa, lamentablemente, y hay muchos desequilibrios. En Literatura, las mujeres llamaron a la puerta hace muy poco. Hasta el siglo XX, las mujeres aprendieron a leer y escribir sus propias vidas –aún estamos en el inicio de la toma de la palabra.

DMZ: ¿Cuál podría ser su mensaje a los jóvenes estudiantes de la Universidad de Guadalajara?

LJ: Diría a los estudiantes de Guadalajara que nunca se agote su sed de conocimiento y que incorporen a su sed de Sabiduría toda la Ciencia que puedan entender, y todo el Arte que puedan disfrutar.





La pasión por Lília Jorge, una presentación personal

Antonio Sáez Delgado

Una presentación objetiva de la escritora Lília Jorge comenzaría por decir que la autora nació en Boliqueime, en el Algarve, en 1946, y que se trata de una de las figuras fundamentales de la literatura portuguesa contemporánea, con una obra amplia y profunda, desde *O dia dos prodígios* (1980) hasta el reciente *Estuário* (2018), pasando por títulos fundamentales como *A costa dos murmúrios* (1988), *O vale da Paixão* (1998) u *Os memoráveis* (2014). Esa misma presentación objetiva diría que nuestra autora ha recibido numerosos reconocimientos nacionales e internacionales, que hacen de ella un nombre fundamental en la literatura europea del último medio siglo, con una presencia editorial constante y notable en países como Francia, Alemania y España.

Pero, pido de antemano una enorme disculpa, no estoy hoy aquí, frente a mi computadora, para escribir una presentación objetiva de Lília Jorge, una autora bien conocida por todos los lectores de *A morte do artista*.¹

Lo que quiero, hoy, es escribir sobre la relación que los lectores establecemos con los textos literarios o, mejor, sobre las relaciones que cada lector establece con algunos textos literarios. Lo que quiero decir, en realidad, es que deseo hablar libremente de mi experiencia personal como

¹ Nota de la traductora: revista literaria de Portugal donde se publicó originalmente este artículo.

lector de Lída Jorge. La literatura, todos lo sabemos, es hoy en día un trabajo solitario. El escritor escribe en soledad para un lector que lee en su propia soledad (tal vez podríamos pensar que, en realidad, el escritor escribe para explicarse a sí mismo que está solo, mientras que el lector lee para demostrarse a sí mismo que no lo está).

Todos somos lectores, todos queremos de verdad ser buenos lectores. Conforme pasa el tiempo descubrimos que el gusto literario, es decir, lograr saber y aceptar cuáles libros nos gustan y cuáles no, es un proceso que se forma o deforma irremediabilmente, llegando, en ambos casos, a conclusiones semejantes. Lo que no es tan fácil, conforme pasan los años, es aprender a aproximarnos a los textos con los bolsillos vacíos y las manos abiertas, es decir, sin el peso de todas las estrategias aprendidas que nos hacen, con mucha frecuencia, entrar en los textos tan llenos de prejuicios que parecemos un elefante entrando a una tienda de porcelana.

La literatura no es propiedad de las universidades, ni de las bibliotecas, ni siquiera de los autores. La literatura es propiedad y patrimonio de los lectores, de todos nosotros. Es un patrimonio social. La literatura son objetos que habitan nuestras casas junto con nosotros. Son seres que habitan nuestro interior, a veces sin que sepamos, y toman forma de personajes. Que viven bajo nuestra piel, y a veces la rasgan como si esa piel fuese cristal. La literatura grita, hiere o calma el dolor. Es siempre imperfecta, como la vida, como nosotros mismos.

Las cosas que le suceden a un hombre, le suceden a todos los hombres. La frase, casi teológica, es de Jorge Luis Borges. Por eso abarrotamos los estantes de la memoria con libros, y también con autores. Con personas. En el es-

tante de mi memoria guardo con mucho cuidado una conferencia a la que asistí en Badajoz, en mayo de 1995. En ese tiempo yo todavía no vivía en Portugal, era un joven recién graduado apasionado por la literatura portuguesa. Ese día fui desde Cáceres hasta Badajoz, en un coche prestado, para asistir a la conferencia de una escritora llamada Lidia Jorge. La conferencia se llevó a cabo en un hotel muy céntrico, la sala estaba llena (felizmente llena). En esa misma sala, apenas dos o tres días después, fui a escuchar una segunda conferencia: el conferencista se llamaba José Saramago. Fui en el mismo coche prestado.

Lidia Jorge tal vez recuerde (o tal vez no) aquella conferencia impartida en un hotel de Badajoz, esa ciudad en la frontera entre Portugal y España. Un hotel es también, siempre, una especie de frontera. El narrador de “Overbooking”, un cuento de *O amor em Lobito Bay*, dice: “esta noche, en este hotel vacío, en medio de la nada (...) me di cuenta que podría contar esta cosa mala”.

Nosotros queremos ser lectores, buenos lectores. Por eso nos gusta introducirnos en la realidad fantástica de los cuentos creados por Lidia Jorge. Sabemos que la Historia de la literatura, con mayúscula inicial, está llena de errores de lectura: Aristófanes ignoró a Eurípides; el Quijote de Cervantes le pareció terrible a Lope de Vega, Goethe no encontraba talento en Hölderlin; a Zola no le gustó *Las flores del mal* de Baudelaire; a Henry James le parecía monstruosa la poesía de Whitman, y el manuscrito de *Cien años de soledad* pasó por un infierno de editoriales antes de ser publicado. El hombre es un animal que piensa, pero también es un animal que comete errores.

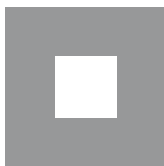
Me gusta muchísimo leer a Lidia Jorge. Me gustan sus libros, en ellos las palabras se vuelven esenciales, sus-

rrantes, con la intimidad y la emoción de las grandes cosas simples. Libros que leemos con la certeza de saber que los cuchillos que los provocan marcan nuestra piel hasta convertirla en un mapa de los días vividos. Me gusta leer libros, todos los libros, también los de Lidia, como si fueran mi propia biografía. La literatura nos acerca a la tradición, a la verdad, pero también sirve para liberarnos de ella, de su peso terrible y, a veces, insoportable. La literatura es el reino de la libertad, en estos tiempos que tanto la necesitamos. Un antídoto contra la Mentira.

En las obras de Lidia Jorge, el lector explora de la mano del narrador los límites de la condición humana. Siente asombro y, tal vez, la necesidad de reaccionar ante los desafíos (iba a escribir “los desastres”) del mundo. De nuestro mundo. Es una obra inquietante, en la cual la memoria (el verdadero laboratorio de la escritora) se transforma en una especie de deber, de obligación ética. Es una extraordinaria metáfora del tiempo en que vivimos. Un tiempo, el de la obra de Lidia Jorge, como el de la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, en que vivos y muertos se mezclan en la memoria, pero también en la cotidianidad. Creo que la literatura sirve, sobre todo, para que el lector escoja de qué lado estar: del lado de los vivos, o del lado de los muertos. La literatura de Lidia Jorge nos ayuda a hacer esa elección. Me siento muy agradecido con ella, en mi silencio de lector, desde aquella tarde de mayo de 1995. Por eso este texto ha sido escrito en voz baja, fue escrito en voz baja durante casi 25 años. La voz baja con la que se dicen las grandes verdades: gracias, Lidia.

Traducción: Erandi Barbosa Garibay

Revisión: Ángel Ortuño



De la estruendosa voz de Lída Jorge en tiempos en que es necesario romper el silencio

Natalia Madrueño

*El tiempo siempre está pasando,
cada vez más rápido,
cada vez más rápido,
y el tiempo siempre empezando.*

Lída Jorge

Cuando se habla de recuerdos, el tiempo parece haber transcurrido rápidamente entre olvidos, sueños, historias contadas, borradas y reescritas. Cuando uno regresa al momento aquel en que empezó todo o todo terminó para empezar de nuevo, cuando estamos colocados en aquel momento; mucho o poco tiempo atrás y regresan las imágenes, las palabras, las canciones, aquello que dejamos inconcluso o que se nos arrebató, cuando las sonrisas y los bailes vuelven junto con algunos retratos, la memoria nos da la oportunidad de reflexionar en, como dice Lída, “lo que ha sido bueno y lo que por alguna razón, no ha marchado bien” (Lída Jorge, 2020, s. p.), para luego del reencuentro tratar de enmendar, crecer, no repetir aquel mismo renglón.

La Revolución de los claveles es el eje central de la novela *Los memorables* de Lída Jorge, un tema meticulosamente seleccionado, un hecho histórico lleno de nobleza, empatía, pasión y amor por el otro. *Los memorables* de Lída

Jorge habla fortísimo en tiempos en que es necesario romper con los silencios, en tiempos en que se grita. Asimismo, su narrativa disertada sobre el detonante de un evento necesario para un país que vivió casi 50 años sin democracia, de un movimiento de más de cinco mil personas sin nombre. La escritora portuguesa desgaja el anonimato en un solo nombre de impacto, y aunque es verdad que no hay nombres propios para la mayoría, sí hay nombres figurados que dan más fuerza a la historia, a la reminiscencia: “Soy como Don Rodrigo Díaz de Vivar, aquel cuyo cadáver atado sobre la montura, con la espada amarrada a la mano muerta, cuando fue enviado al campo de batalla, seguía amedrentando a cualquiera. Yo voy a ser como él. Mi cuerpo convertido en cadáver ha de ganar batallas” (Lidia Jorge, 2018, p. 357).

De ahí Lidia Jorge como escritora sensible y compleja al contar y de contar, de ahí su capacidad de rescatar a *Los memorables* que fueron olvidados por la historia escrita sobre su país, sobre cualquier país. De ahí su humanidad, su gentileza y deber como escritora ilustre, perdurable.

“La literatura lava con lágrimas ardientes los ojos de la historia” (Lidia Jorge, 2020, s. p.), y para esto, Jorge utiliza tres metáforas en forma de capítulos dentro de su novela; *La Fábula*, *Viaje al corazón de la Fábula* y *Argumento*, todos escritos con voz estruendosa y necesaria para romper silencios, para llegar al centro de los recuerdos y regresar ineludiblemente a los hechos que alguien decidió no escribir, para virar la cara a ese génesis de la presencia justo antes del olvido cuando estamos por experimentar nostalgia, cuando se nos dibujan mariposas en el estómago, huecos o ardor antes del reencuentro, esas emociones propias del ser humano: “Limpié la capa de polvo que se había acu-

mulado en el vidrio y en el marco laqueado. Me senté en el último peldaño de la *escalera de Jacob*. Era un excelente re-encuentro” (Lidia Jorge, 2018, p. 53).

Lidia Jorge habla sobre realidades y ficciones.

En la primera metáfora de *Los memorables*, Lidia expone la necesidad de recomponer la historia como pasa con la memoria: ¿por qué necesitamos recordar? ¿Conocemos la verdad de lo que alguien escribió sobre nuestra historia? ¿Es verdad o es ficción?

En este capítulo, la escritora portuguesa nos muestra un relato breve con un discurrir maravilloso del *Antiguo embajador*, porque, finalmente, este personaje asegura entre líneas que todos los individuos estamos hechos de historias. Mientras que, según *Ana María*, protagonista y voz de la novela, todos los hombres tienen una *Ilíada* que contar, a veces más de una.

Sabe, Miss Machado, si regresa usted a Lisboa y busca entre las piedras pequeñas de las banquetas que hay allá por todas partes, todavía encontrará restos de aquellas flores, los únicos proyectiles que usó su pueblo para deponer a las viejas figuras, y también para comprenderse a sí mismos (Lidia Jorge, 2018, p. 20).

Cuántos regresamos a nuestro primer hogar.

En cuanto al segundo capítulo, la reportera se reencontra con parte de su pasado para poder llevar a cabo su investigación ¿Cómo es que necesitamos hallar momentos en que experimentamos sensaciones para sentirnos mejor? ¿Por qué esas sensaciones nos conducen siempre al inicio? ¿Cuándo es que dejamos de sentir melancolía por lo que dejamos atrás? Cuando uno quiere retornar para

poder contar, a veces es necesario hacerlo físicamente, no es suficiente la añoranza, las imágenes de la memoria bien delimitadas, la remembranza o la evocación.

Así, Jorge hace que *Ana María* reconozca su hogar, vuelve con esto al corazón de la Fábula, entra como antaño a la casa de António, regresa a su pasado, a lo olvidado, a lo memorable, a su historia: “Deambulé por la casa de Antonio Machado. La alfombra rala por donde destacaban algunos pedazos del entarimado era la misma, la larga mesa adornada con un cesto de fruta, igual” (Lidia Jorge, 2018, p. 48).

Lidia Jorge, en voz de *Ana María*, tiene que regresar al espacio en donde se encuentra el principio de su investigación. Vuelve al lugar en donde se guarda un retrato de *Los memorables*, a la raíz de su pregunta implícita ¿por quién empiezo? Todo está igual, justo como lo recuerda. Ahí están los aromas, los objetos, su padre al que llama por su nombre como si fuera un extraño: *António Machado*. Todo este camino narrativo sirve como evidencia de lo que la mayoría buscamos inconscientemente, y otras veces, conscientes: El comienzo.

La demostración de un nombre gigante para los anónimos.

Finalmente, el último capítulo de la novela *Los memorables*, trata *La Historia despierta* como el primer episodio de una serie de investigaciones históricas y olvidadas. Esta división tiene la clara intención de ayudar a la reflexión humana sobre la importancia de conservar la memoria colectiva e individual, sobre las acciones de aquellos *Memorables* que, en cualquier espacio, en cualquier momento, existen y nadie los cuenta. El *Argumento* es el tercer y brevísimo apartado en que Lidia rescata de la manera más humana a aquellos sujetos sin nombre. Rescata la figura

de los que iban por las calles cuidando del prójimo sin que después se les reconociera: “Pero él no debe verse”, al menos no de esa manera, grita Jorge.

Nunca ninguno de nosotros quiso amedrentar a nadie. Al contrario, queríamos que supieran que habíamos venido para protegerlos, esa noche y la vida entera. Protegerlos de la ignominia, de la injusticia y la prepotencia (Lidia Jorge, 2018, p. 350).

La posibilidad más humana de decir

Con todo esto, me atrevo a hacer una aseveración más sobre Lidia y sus *Memorables*, quiero decir que su escritura le pertenece de manera única, suave, generosa, humana, y aunque Lidia Jorge escribe para dialogar con el mundo entero, su literatura es tan suya como nuestra, ya que es su voz femenina poco lineal la que aparece detrás de cada uno de los silencios y sonidos mentales que se leen en sus historias contadas para hacer eco y mover el piso del que se inclina a leer cómodamente en su sillón: Aquel *she* era yo.

Me aventuro a decir que es ella, por ejemplo, en voz de Ana María, quien relata el episodio fundacional de la democracia portuguesa al querer realizar un documental sobre la *Revolución de los claveles* a partir de la inquietud sembrada por el *antiguo embajador*, un personaje testigo de dichos hechos históricos y que además es fiel admirador del pueblo Portugués:

Nadie creía en una movilización que se dijera pacífica. Esperábamos serenos, queríamos colocar el banderín rojo en el lugar correcto, parecía natural que fuera así. No obstante, ya

habían transcurrido dos días y todavía nada grave sucedía /.../ Un caso sin precedentes. Una tirita de tierra del tamaño de un mantel, sin importancia alguna, se transformaba inesperadamente en la novia deseada de todos/.../ Créalo, Miss Machado, nunca encontré /.../ a un pueblo tan sensato como a ese que usted pertenece (Lidia Jorge, 2018, p. 16 y 17).

Es por eso que al leer a Lidia Jorge descubro su rechazo a las voces comunes, y en cambio, emerge su propia voz que sirve no para realizar una serie de descripciones o explicaciones sobre un hecho, sino para hablar con el “otro” que puede ser cualquiera de nosotros, para conversar sobre la traición que se le ha hecho a esta historia, la de los hombres Memorables: “Al contrario del primer impulso, que había sido el de proteger mi hallazgo, pensé en exhibirlo y pedir su consejo” (Lidia Jorge, 2018, p. 58).

Podemos ver con claridad que es Lidia la autora, en voz de Ana la reportera, la que nos cuenta entre sigilosos gritos que juegan con distintos matices, es ella la que desvela entre personajes la atmósfera que se vivía en su país haciendo *Memorables* cada una de sus historias.

Hay quienes querrán catalogarla en tal o cual género, pero Lidia Jorge es ella y su discurso, su visión y su forma de decir, de rememorar. La narrativa de Lidia no puede separarse de las evocaciones que conforman la memoria como práctica cotidiana, ya que su escritura nace de la gente que la rodea, de su capacidad de observar los hechos, los detalles de su entorno y mostrarlo para que cuando el mundo comience a olvidar, llegue su literatura a colapsar el piso, a cimbrarlo todo para que esto no suceda.

Pero: ¿Cómo sabemos qué actos, situaciones o vivencias, merecen ser recordados o no en nuestra memoria?

¿Qué tipo de personas tendrían que ser, las que se consideran dignas para poder ser registradas en la historia y obligarnos a no olvidarlas o dejarlas atrás? ¿Qué pasa con aquellos que, si bien no son trascendentes para otros, para nosotros lo son tanto que es imposible borrarlos?

Lidia Jorge, en su novela, hace una selección interesante para *Ana María* y sus lectores, busca la manera de encontrar en cada uno de sus personajes “históricos”, personalidades o perfiles que pueden existir en cualquier otro lugar del mundo, pero con diferentes nombres o uniformes. Por eso su diálogo como escritora, por eso el cuadro misterioso que puede estar colgado en cualquier hogar en donde encontramos a los memorables (no héroes); un militar, un cocinero, poetas y algunos otros personajes, todos con el común denominador: “Revolucionarios”.

En suma, Lidia Jorge revela en su novela no sólo la historia contada como obligación memorística de una sociedad, sino que trata de compartir el tipo de memoria intrínseca del ser humano, esa que con el paso de los años, de la vida misma, se genera sin tener conciencia y que cualquiera de nosotros tiene de sobra como para un día a solas, sentarnos a recordar y vivir nuevamente todo aquello pasado y convertirlo en imágenes de tiempo presente:

Y la calle era la misma calle /.../ La Avenida da Guerra Peninsular conservaba el mismo tránsito intenso, a la mitad del trayecto encontraba el mismo monumento en piedra lioz, representando un águila volando sobre la amenaza de unas espadas, y allá en el fondo, se encontraba el mismo café de los cines donde había acordado esperar a los que fueron por un tiempo mis compañeros de la facultad (Lidia Jorge, 2018, p. 58).

Así, la escritora portuguesa utiliza el milagro de su lenguaje en forma de ficción para contar parte de la historia que, desde su perspectiva, no tendría que dejarse arrinconada.

La cercanía del lector que procura Lúcia Jorge con *Los memorables*, nos permite reflexionar finalmente la vida misma con todo lo que se pudiera escribir después o antes de las siguientes palabras: *Memoria*, *Melancolía*, *Milagro* y *Resistir*. Sabemos de la estruendosa voz de Lúcia Jorge en tiempos de romper silencios; en tiempos en que la historia habla de nuevo para reescribirse en la literatura, en tiempos de los recuerdos necesarios: individuales y colectivos, en tiempos de recuperar lo callado, en tiempos de reconocer y aplaudir a *Los memorables* de cualquier lugar.

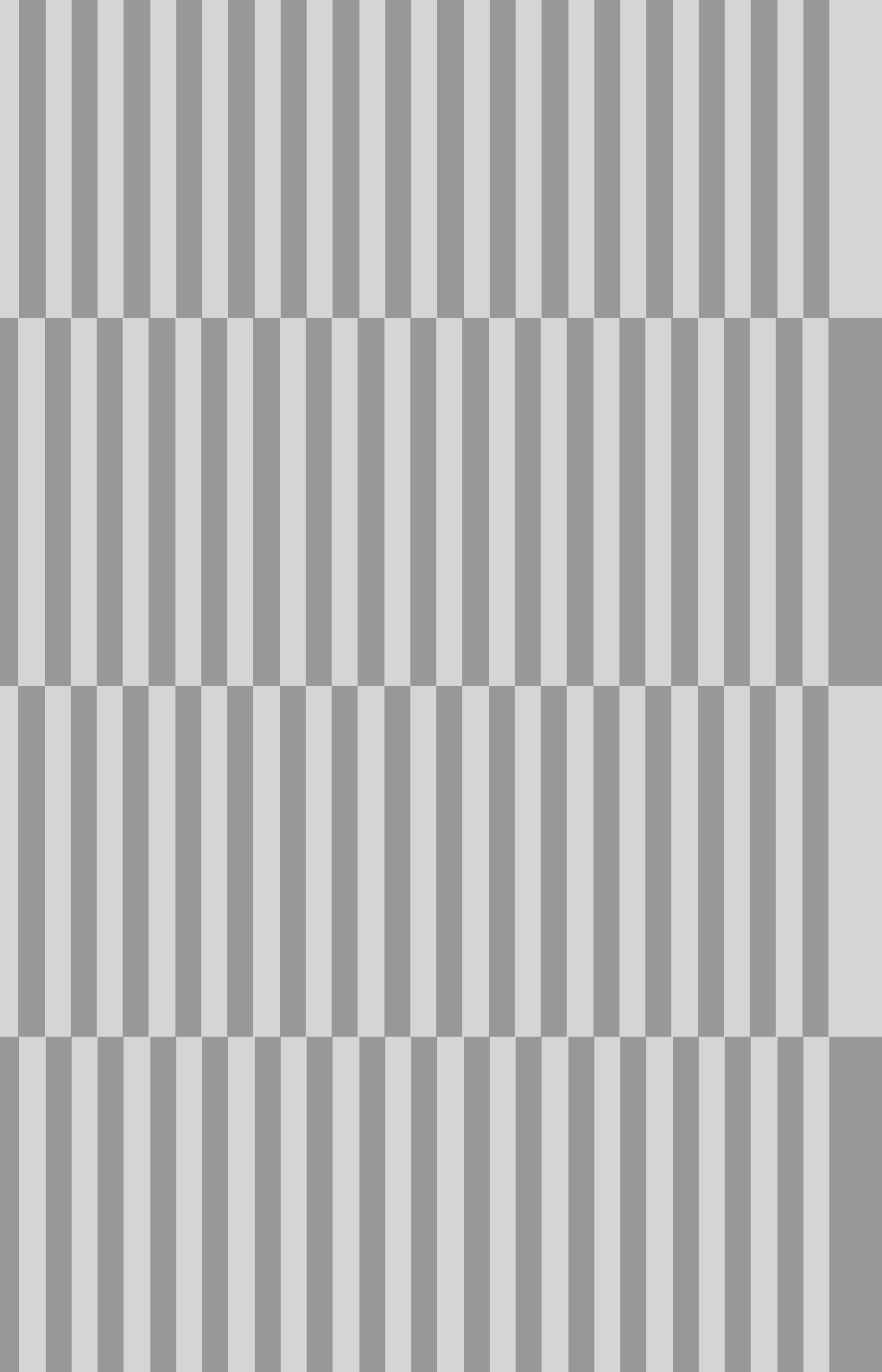
Bibliografía

- Friera, S. (29 de Agosto de 2020). *Página 12*. Obtenido de *Página 12*: <https://www.pagina12.com.ar/288322-lidia-jorge-la-literatura-es-un-acto-de-resistencia>
- Jorge, L. (2018). *Los memorables*. (M. A. Pérez, Trad.) México: Elefanta.



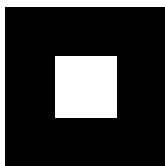
Fotografia de Franck Ferville





Muestra de obra

Lidia Jorge



Estación de Oriente

Hace unos días me tocó ver dos episodios de una serie acerca de las ciudades del futuro: de nuevo quedé maravillada con el poder de la imaginación. Producto de los avances de la tecnología digital, las ciudades del futuro adoptan un diseño de patrón regular, de calles rectas, limpias y ajardinadas. En esas ciudades imaginarias los árboles no se sacuden bajo la fuerza de ningún vendaval, los autos corren silenciosos por las avenidas, las personas hablan en voz baja, se abrazan sin ruido, caminan sin hacer esfuerzos, como si la ley de la gravedad terrestre fuera similar a la de la Luna, y la armonía entre los seres humanos fuese completa. Me gustaría mucho vivir en esa ciudad del futuro. Aunque ya se puede sentir la anticipación de ese modelo de ciudad pulcra que los visionarios conciben gracias a la revolución tecnológica, aún estamos lejos de ella. Es posible constatar que muchos espacios públicos ya traducen esa visión. Sin embargo, existe cuando menos una persona que no está atenta al cambio o no sabe interpretarlo. Por ejemplo, yo no comprendía por qué razón habían sido retirados los bancos en los espacios de reunión al aire libre o por qué razón se debe caminar kilómetros en los centros comerciales sin encontrar donde descansar el cuerpo, por qué razón los negocios de servicios telefónicos, de correos y hasta en lugares para comer han dejado de ofrecer en qué sentarse. Cuál es la razón de que hasta en los comercios de

barrios periféricos, donde todo es más tranquilo y el ritmo más lento, prohíben a los empleados descansar así sea un instante, aunque no haya ningún cliente a la vista. Hasta ahora, yo pensaba que se trataba de vicios de gerentes tradicionales a quienes consideraba inhumanos y arcaicos, cuando en realidad, al parecer se trata de la preparación para una modernidad que nos espera, cuando el mundo digital haya logrado hacer más livianos nuestros huesos, nuestros deseos se cumplan de inmediato, las distancias sean suprimidas y cuando todos –todos– andemos en bicicleta por las calles, sin preocuparnos por la pestilencia ni el ruido.

El mundo será entonces un mundo limpio. Los vagones del tren, como se sabe, levantarán el vuelo unos centímetros por encima de los rieles. En una ocasión, yo me subí a un prototipo de esos trenes en Rio de Janeiro y pude comprobar que funcionan. También navegué en la Ría Formosa, en un barco silencioso impulsado por rayos solares y sentí que me deslizaba sobre las aguas como en un sueño del que no se quiere despertar.

Sí, el mundo va a cambiar para volverse mejor. Por ejemplo, hasta hace poco, yo no comprendía lo que había pasado por la cabeza de un arquitecto tan ingenioso como Santiago Calatrava cuando diseñó la Estación de Oriente. Muchas veces lo insulté en mi interior por haber adornado los cielos de Lisboa con aquellos maravillosos arcos ojivales, pero olvidando que de vez en cuando llueve en esta ciudad, que muchas veces sopla el viento y que en verano hay días de calor para derretir los huesos y nadie puede hallar protección o abrigo debajo de esa esplendorosa telaraña. Qué sé yo, pienso. Y en invierno, cuando el frío se precipita en ráfagas de viento que surgen del Atlántico en

dirección al río, una multitud de pasajeros calados de frío pasa por ahí insultando a Calatrava y su desprecio por la gente. Sin embargo, no es desprecio, no. Es lo que Calatrava llama el futuro.

Según el diseño de las ciudades pronosticadas, es probable que dentro de unas cuantas décadas pasen artefactos volando por encima de las avenidas, que los trajes que usemos sean térmicos, que el viento gélido sea detenido por escudos transparentes y el sol despiadado que hasta el día de hoy administra estornudos y resfríos, sea bloqueado por parasoles invisibles. Es lo que se puede deducir después de visualizar las ciudades futuristas, cuando el mundo se vuelva tranquilo, justo, equilibrado y se pueda vivir sin mayores esfuerzos. A mí, por supuesto, me gustaría vivir en ese mundo. En algún cuaderno escribí una cita de Alejo Carpentier que dice: *Todo futuro es fabuloso*. Estoy de acuerdo, todo futuro surge en las alas del deseo como un lugar de fábula, porque aún está en el camino y sus rasgos pertenecen al orden de lo divino. Mi interrogante se relaciona con el periodo de transición que debemos vivir hasta entonces. Me explico: en este momento preciso me encuentro en la Estación Oriente esperando un Alfa Pendular, estoy de pie para subir a un carro de la línea 2, aquí hace frío y sopla el viento. Antes de llegar, abajo, en la puerta, vi gente que no tiene dónde pasar la noche. No tiene. ¿Alguien sabe qué hacer mientras espera la llegada de la perfección de las ciudades del futuro?

Yo sé la respuesta. El progreso no avanza en línea recta ni en líneas temporales de velocidad idéntica. Por ejemplo, mientras en Pisa se prepara el avión del futuro con un ala en forma de U que se levanta desde la cola –para garantizar un transporte aéreo más seguro, veloz y con mayor capa-

ciudad de pasajeros—, en el sur de Italia hay muchos hombres que matan a sus mujeres cuyos hijos no tienen donde dormir y nunca aprenderán a leer. Ellos nunca se subirán a los trenes silenciosos ni a los aviones con el ala en U que se alza desde su parte trasera. ¿Qué haremos para que no haya legiones de desheredados en esa pulcra ciudad del futuro? ¿Me atreveré a pronunciar la herejía de que ojalá no hubiera uno solo? Regreso a mi lugar en la Estación de Oriente. Los pasajeros se mantienen alejados de las plataformas mientras esperan a que llegue el convoy, se giran para protegerse del viento y yo, de tanto en tanto giro la cabeza para mirar si acaso aquellos hambrientos seres que encontré abajo, lejos de la parada de los taxis, se habrán atravesado ante alguien que los empuja.

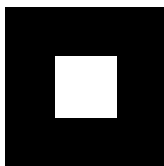
Fue aquí mismo hace cinco años, en la estación turística, una mañana de enero igual a ésta, cuando una muchachita de Leste surgió de entre los pasajeros. Era pequeña y de tez oscura, mal alimentada como las portuguesas de mi generación, andaba mal y precariamente vestida murmurando unas palabras sordas mientras extendía la mano. Igual que ahora, se esperaba que el tren irrumpiera en el andén de un momento a otro. Al ver a la muchacha, más de alguno la había ahuyentado con un gesto. Ella se mantenía furtiva, yendo de hombre en hombre, rápida, con su trenza deshecha y su mano de pordiosera. Nadie le daba nada. Cuando se me acercó, pronunció el lloriqueo habitual. Que tenía hambre, que venía de lejos, que no tenía nada, que la semana anterior le había nacido un hijo. El tren no llegaba, yo empecé a buscar en mi bolso, saqué una moneda, se la entregué diciéndole “No es necesario mentir, ¿sabes?, ¿por qué andas diciendo que tuviste un hijo? Eso no se dice...”

Entonces la muchacha de Leste, morena, enojada, pequeña, como las muchachas portuguesas de mi generación, se abrió la blusa, mostró su seno, exprimió la mama con los dedos y empezó a brotarle leche blanca. Luego, se limpió la leche y cerró su blusa. Y en este momento estoy pensando en ella. Ya viene el Alfa Pendular que me llevará a Porto. Espero que el hijo de la muchacha de Leste y el hijo de su hijo no sean excluidos de la ciudad perfecta del futuro. Espero que cuando alguien quiera pan, bastará con que mire al cielo para que le caiga uno en el regazo, con mantequilla y todo.

Traducción: Dulce María Zúñiga

Revisión: Ángel Ortuño





La Ciudad Invisible

Faltando pocos días para el inicio del año 2000, el diario *Libération* publicó un suplemento donde figuraban las respuestas de escritores, ensayistas y artistas a una pregunta que les habían planteado poco antes “¿En qué está pensando usted?”. Pretendían que los autores reflexionaran sobre las sensaciones que les provocaba el futuro, cuando el milenio estaba a punto de duplicarse. La publicación contenía numerosas declaraciones. Había algunas respuestas de autores que mostraban entusiasmo por el panorama que se entreveía y otros, los melancólicos, parecían encantados con su propia melancolía. Entre estos últimos me impresionó especialmente un breve poema del autor norteamericano Barry Gifford, “Mensaje chino a un amigo lejano”. En traducción un tanto libre, decía algo así: “Grúas que lentamente se instalan en el lago, donde las nubes reflejan su sombra. Ningún clima, pájaro, amigo o amor podrán cambiar nada”.

Yo nací el mismo año que Barry Gifford y también escribí unas páginas para el suplemento de *Libération*, pero mis palabras fueron un poco más esperanzadoras que las de mi contemporáneo. En aquellos años yo miraba hacia la ciudad futura, la ciudad digital, que llamé la *Ciudad Invisible*, e imaginaba que era muy posible que en ella se diera más fraternidad, más acercamiento entre los pueblos, mejores gobiernos, mejores ciudadanos, mejores personas.

Era yo una total entusiasta del mundo del futuro. Sin embargo, no dejé de enumerar algunos peligros que presentía en el aire así que los referí con aprehensión.

Eran de tres órdenes. El primero tiene que ver con el temor de que en la futura *Ciudad Invisible* sería imposible que las personas mantuvieran su intimidad. Yo creo que todo ser humano necesita conservar algún secreto. En una ciudad en la que los ojos de la invisibilidad pudieran entrar en el interior de espíritus, en el de las casas, camas, vísceras, entrar en los deseos y en las vidas imaginarias, las personas dejarían de ser humanas y se convertirían en objetos. Para expresarlo, escribí esto: “Yo deseo la existencia de un núcleo interno inexpugnable como un castillo de piedra con un segmento opaco, un escondrijo inviolable alrededor del cual todo ser humano pueda enroscarse en sí mismo y proteger su corazón, su vientre y su sexo, para que, similar a un perro dormido, pueda decir: ‘Estoy escondido, soy una mujer, soy un hombre’. ¿Qué podría yo hacer ante los dos mil ojos que me vigilarían en esa *Ciudad Invisible* del futuro?”.

El segundo peligro que temía era el riesgo bien fundado de que se transfigurara el proceso de procreación. Ante los rumores de fin de siglo XX acerca de que la reproducción humana se daría por medios artificiales y en gran escala, que planeaban prescindir de un vientre que únicamente replica y prolonga la similitud entre madres, padres e hijos, me parecía muy difícil enfrentar un futuro en el que estuviera amenazada la singularidad del ser. Me atemorizaba la multiplicación de niños indistintos, sin padres ni nada similar, susceptibles de ser organizados en bandas, una especie nueva de ganado, de rebaño sin identidad suelto por la ciudad. Hace veinte años yo deseaba que

la procreación siguiera asociada con la genitalidad, que los niños siguieran siendo concebidos entre besos, simulacros de mordidas... con la humana brutalidad. Temía que el siglo venidero produjese hijos de la tecnología y en los tubos de laboratorio, en lugar de la multiplicación producida por nuestro propio impulso y propia carne.

La tercera aprehensión que sentí en aquel entonces era el temor de que en la *Ciudad Invisible*, de pronto, un relámpago aclarara el origen del mundo, aniquilando al mismo tiempo la idea de un Dios creador. Que esa revelación fuese tan poderosa que llegara inclusive a borrar la duda, la interrogante que nos deja suspendidos en medio de la incertidumbre y nos transforma en seres cuidadosos, modestos, inquisitivos, inquietos: en seres humanos con incertidumbres.

Pero todo eso fue hace veinte años.

¿Qué balance puedo hacer después de todo ese tiempo? Cuando estamos a punto de entregar nuestra vida a la *Ciudad Invisible* y nos aproximamos al nivel que temíamos? Hoy en día hay aplicaciones en el mundo *online* que nos persiguen con insistencia en la vida diaria y se han vuelto adversarias. Hay empresas que saben por dónde andamos, lo que gastamos, lo que vestimos, a qué espectáculos asistimos, qué autos tenemos estacionados en el garaje. Y todos esos datos están a la venta. Nuestra vida está en el aire, en los cielos de la *Ciudad Invisible* sin que nadie pueda controlarla. ¿Y la reproducción? También el asunto de la procreación no humana se agudizó, pasó a otro nivel. Fue sustituido por la novedad de que en breve podríamos vivir siendo mitad gente mitad máquina. O, en otras palabras, la idea de que en lugar de gente habrá máquinas y que la humanidad perecerá bajo el efecto del dominio absoluto

de máquinas automáticas mil veces más poderosas que sus inventores. Artefactos que pasarán de ser nuestros asistentes a nuestros dueños. ¿Y Dios? A lo largo de estos veinte años, la constante e ingeniosa navegación por el espacio ha ido confirmando la tesis de que la materia se multiplica y no se escucha otra cosa que no sea el peso infranqueable de la materia, nada más allá de las esferas visibles y de las hipótesis de lo invisible. En 2012, le han llamado el Bosón de Higgs, la “partícula de Dios”, una manera graciosa e irónica de decir que eso sería todo lo que la inteligencia humana lograría anunciar. Una parodia que no todos aceptaron de buen grado.

Siendo así, me pregunto ahora ¿será que en este último día antes de la llegada del 2020 Barry Gifford mantendrá intacto su “Mensaje chino a un amigo lejano”? Lanzo la pregunta sabiendo que es retórica y quedará sin respuesta. No puedo adherirme a la opinión del escritor norteamericano nacido en Chicago, a quien conozco sólo a través de las páginas de aquel suplemento de fin de siglo. Luego de veinte años, sólo puedo hablar a título personal y digo que, a pesar de que mis temores han hallado demasiadas evidencias para acrecentar mi melancolía, reconocí con sorpresa algunos cambios de rumbo que me dieron esperanzas.

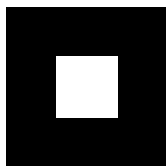
Hoy, para responder al poema de Barry Gifford, escribiría que puede estar tranquilo, que el futuro es una celebración de la esperanza. Aprendí por mí misma. Aprendí que las generaciones siempre experimentan cambios cuando las amenazas de colapso llegan a su máximo. Mientras tanto, en vísperas del año 2000, en muchos de los barrios invisibles de la inmensa *Ciudad Invisible* se iniciaron incendios y las voces de los humildes se escucharon finalmente. Se alzaron con estruendo las voces de la auto-

ridad para denunciar los desórdenes. Y los jóvenes encontraron una utopía en el momento en el que creían que ya no había lugar para nada que fuera colectivo y global. Las virtualidades de la *Ciudad Invisible* mostraron claramente los límites de su injusticia por lo que surgieron quienes deseaban corregirlos. La sociedad empezó a defender el Arte y la Cultura, percibidos como una barca de salvación. A lo largo de estos veinte años nos dimos cuenta de que lo que nos define como personas y nos aparta de los animales y de las máquinas, es la capacidad de crear Belleza y alimentarnos con ella día tras día. Es la invención de la fantasía lo que nos aproxima al milagro. Para ser una persona hay que creer en la posibilidad del milagro.

La belleza se manifiesta en formas elaboradas y formas simples. Tal vez esta noche las ciudades de varios continentes iluminen su cielo con fuegos artificiales durante unos minutos, esa belleza simple. Fuegos artificiales, un juego inocente, un desafío infantil frente la oscuridad del Espacio. ¿Habrà alguien, en alguna parte de la materia consciente que mire desde lejos a la Humanidad con ojos de progenitor, como creían Beethoven y Schiller? Es lo que se preguntan esta noche los árboles de fuego cuando estallan en el cielo. Invierto la carta china de Barry Gifford: si pasados veinte años, después de tanta realidad imprevista, seguimos teniendo osadías lúdicas y seguimos amando la vida, es porque en la *Ciudad Invisible* de este siglo, clima, pájaro, amigo y amor logran confluír para lograr que algo cambie. Lo que sea: curar el dolor o celebrar que somos hijos de la Tierra.

Traducción: Dulce María Zúñiga

Revisión: Ángel Ortuño



El nuevo bestiario

Me gustaría conocer personalmente a Carl Safina, el ambientalista que habla con los animales, que los ama profundamente y ve en ellos el espejo de la Creación. Hombres, animales entre animales. Eso me gusta. Sé lo que es eso. De pequeña, en la iglesia, me enseñaron a bautizar niños cuya vida estaba en riesgo, pues de otro modo morirían sin el sacramento y sus almas irían a parar al limbo donde no hay luz... a no ser por las mechas de los fósforos. Llegué a casa, y sin hacer distinción entre personas y animales, bauticé todo lo que se movía. Se lo conté al cura. Horrorizado, me reprendió con severidad. ¿Acaso no sabía yo distinguir entre animales y seres humanos? No, la verdad, no sabía.

Claro que si me encontrara con Carl Safina, que escribe libros inteligentes sobre el comportamiento de las aves, de los peces y de todos los mamíferos, que sustenta una organización ambiental con su nombre, y que trata de tú a los animales, como san Francisco de Asís trataba al Sol, la Luna, el Viento, la Tierra, el Fuego, el Agua, y la Muerte, todos hermanos, incluyendo al hermano Lobo, yo le daría la buena noticia de que mucho antes de que hubiera ambientalistas, mis abuelos, que nacieron a inicios del siglo XX, ya vivían como tales. Vivían en una casa en medio del bosque, rodeados de animales. Y los animales eran parte integral de la familia.

La mula y el burro eran alimentados con esmero. Cuando se preparaba la cena, se preparaba también la ración de frijol, cebada y avena para el día siguiente. Mis abuelos les conocían el suspiro del hambre, del cansancio y del desasosiego, causado por la mosca o por la falta de paja en la cama. Los asistían. Se levantaban a las cuatro de la mañana para darles agua. Los cepillábamos, les curaban las heridas, les cuidaban los dientes. Les acariciaban el hocico y los llamaban con nombres cariñosos. Lo mismo a los puercos. Les preparaban almuerzos de salvado que olían a pan, les partían en trozos las cáscaras de sandía, y limpiaban permanentemente el chiquero. Cuando la cerda daba a luz lechoncitos, si alguno de ellos no tenía pecho dónde mamar, mi abuela les hacía un biberón y se los colocaba en el regazo con un paño, como si fueran bebés. Una noche de frío la camada durmió con mis abuelos. Los conejos, las gallinas, todo ese bicherío era tratado con individualidad. El conejo que más atendía cuando se le llamaba con la mano, el que tenía las patas blancas, el que roía el alambre de la jaula, también. Las gallinas eran respetadas, tenían la libertad de andar por todas partes, y hasta podían picotear las flores. Pero los dueños de la casa eran los gatos, con quienes se compartían las porciones de comida de las personas. Y el rey era el perro. Sin perro, mi abuelo no era un hombre completo. Sin perro, la casa no era casa. Era más importante que la puerta, porque custodiaba la casa y era su espíritu. El espíritu del perro flotaba sobre la casa ladrándole al viento y respondiéndole a los otros perros. De noche, por los perros, sabían que no estaban solos. Todo eso era verdad y yo quisiera decirle a Carl Safina que mis abuelos eran modernos, que trataban a los animales como iguales, los respetaban, los amaban, que tenían la noción

de que dependían de ellos. Que formaban una familia completa, heterogénea entre varias especies y en fusión con los humanos.

Y eso que ni siquiera hablé de las aves del cielo.

No hablé de la belleza de los niños, de que mis abuelos protegían a los niños del ataque de las ratas, que colocaban agua en vasijas para que los mirlos, las alondras, los ibis, los ruiseñores vinieran a beber. Pero una cosa era cierta. Nunca vi a mis abuelos confundirse o disminuirse delante de los otros animales. Sabían que la mula tenía más fuerza, pero no consideraban que por eso la mula fuera más importante que los otros hijos. Sabían que el puerco era fuente de alimentación, que dependían del puerco, pero no creían que su comportamiento fuera más equilibrado que el de mi abuelo o de mi abuela, que discutían entre sí y luego se reconciliaban. No deseaban ser puercos. El problema que yo plantearía a Carl Safina, quien es un erudito sofisticado, tiene cara de santo y habla de los animales como un poeta, es si él cree que más allá de nuestra intolerable amplitud entre crueldad y compasión, como ningún otro animal, si él cree que el hombre es un animal entre los animales. Sí, con una visión tan bondadosa, me gustaría preguntarle. Eso es porque en una entrevista que le concedió al *Público*, cuando Renata Monteiro le preguntó: “Estudia a los animales, pero lo más difícil de sus trabajos son las personas...”, Carl Safina respondió: “Nunca es tan difícil lidiar con los animales como con las personas. Los animales son más lógicos y se puede entender lo que hacen. Pero lo que las personas hacen, muchas veces, no es lógico y es muy difícil de comprender”.

Claro que Carl Safina tiene toda la razón. Las personas son muy difíciles porque son como el propio Carl Safina,

personas. Es decir, animales complejos, y por eso más imprevisibles que los otros animales. Piensan un poco más que los otros animales, por eso tienen dudas, sufren angustia, envidia, experimentan vergüenza y oprobio, perdonan, comparten y tienen remordimientos, *saudades* y sueños. Aman con sutileza, cantan canciones que nunca son las mismas y escriben libros donde cuentan todo esto. Construyen casas y las decoran. Lloran, luchan por la justicia y a veces defienden a los más débiles escribiendo leyes para que eso se convierta en norma. Con toda esta complejidad, ¿cómo no han de ser más difíciles que los animales?

Entiendo que se trate de una síntesis, quizás algo irónica. Pero, ¿sabe, Carl Safina? Arrebatos como esos, provenientes de quien vienen, abren la puerta a otros un poco menos sofisticados. Y esos están por todas partes. Hace poco, una chica vegana dijo en la mesa a sus padres que comían *omelette* de jamón: “Siento repugnancia por ustedes, los humanos”. Lo que no es un arrebato aislado. Hace pocos días, cierta ambientalista portuguesa escribió lo siguiente, y no hay evidencia que se trate de *fake news*: “Hay demasiada gente en este planeta. La mayoría de esa gente no vale los recursos que consume. Cada vez siento más asco por mis semejantes de especie con los que me voy cruzando y con los que estoy obligada a compartir el aire que respiro. Que venga una plaga y limpie esta mierda de gente”.

Ambientalista *dixit*.

Carl Safina no dice brutalidades, no escribe impertinencias, pero la puerta de la Ecología está abierta para este tipo de cosas. Tal como la humanidad, descrita como un grupo más compasivo, y también más depredador, lo mismo aplica para los arrobos ambientalistas cuando se van a

los extremos. Personalmente, dudo que este camino extremo sea saludable. De repente nos quedamos sin lugar en el mundo. En el tiempo, vivimos en algunos lugares en el futuro que acontecerá en varias ondas del Espacio. Entre las especies, no sabemos qué animal somos. A veces me encuentro con biólogos. Algunos defienden que debemos ser considerados como cualquier otro animal. Sintetizando, hay tres hipótesis distintas: la primera, somos un bicho, punto final. La segunda, somos un bicho especial, punto final. La tercera, no somos un bicho. Yo defiendiendo que no somos un bicho. Voy a leer el nuevo libro de Carl Safina, *Becoming Wild*. Tengo curiosidad de saber lo que, en el fondo, piensa sobre el asunto. Con la sospecha de que, con el profesor de Nueva York, voy a regresar al mundo moderno de mis abuelos y su granja en medio de un bosque.

Traducción: Erandi Barbosa Garibay

Revisión: Ángel Ortuño



■ Antonio Sáez Delgado

Cáceres, 1970. Profesor de Literaturas Ibéricas Comparadas, de Literatura Española y de Traducción Literaria en la Universidad de Évora e investigador del Centro de Estudios Comparatistas de la Universidad de Lisboa. Es especialista en las relaciones literarias entre España y Portugal a principios del siglo XX. Ha sido director editorial del sello portugués Mino-tauro, perteneciente a Edições 70 (Grupo Editorial Almedina) y dedicado a la narrativa española contemporánea, y es en la actualidad director de la colección de autores portugueses de la editorial española La Umbría y La Solana. Además, dirige *Suroeste*, revista de literaturas ibéricas. En 2008 recibió el premio Giovanni Pontiero de traducción y en 2014 el Premio Eduardo Lourenço, concedido por el Centro de Estudos Ibéricos (Universidad de Coimbra y Universidad de Salamanca).

■ Natalia Madrueño

Es tapatía por donde la miren, tiene tres nombres eternos, estudió una licenciatura en Letras Hispánicas y un máster en Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana expedida por la Universitat de Barcelona. Escribe ensayo, cuento y minificción. Ha dirigido talleres, mesas de lectura, promoción de escritura creativa y charlas con escritores juveniles. Perteneció al colectivo internacional: MP y en diciembre de 2018 recibió a la poeta uruguaya Ida Vitale, quien es Premio Cervantes 2018 y Premio FIL 2018, con un ensayo dedicado a su obra narrativa. A Natalia le gusta además el café, las manos, música, comida y el viento.

■ Dulce María Zúñiga Chávez

Nació en Culiacán, Sinaloa en 1961. Estudió la licenciatura, maestría y especialización en la Universidad Paul Valéry de

Montpellier. Obtuvo el doctorado en Estudios Romances, con especialidad en italiano, en la misma universidad en 1990, con una tesis sobre la obra de Italo Calvino. Es traductora del francés, italiano y portugués. Entre sus publicaciones destacan: *Intertextos: Calvino-Borges-Fuentes* (1989), *La novela infinita de Italo Calvino* (1991), *La culpa es de la luna* (1995) y *La intertextualidad en Si una noche de invierno un viajero* (2001). Actualmente es coordinadora académica de la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar y directora del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances.